No sé cuando vino a España. Tendré que creerte si dices que ha venido. Yo no la he visto, ni la veré. Partí hace más de dos meses, camino del tiempo ausente, sin saber si podré tomar un nuevo barco hasta mi casa. Si caen once meses, como once mandamientos que son los que son los que tú tienes porque matar ya has matado, y no he pisado tierra comienza a pensar que llegará el mes doce, Diciembre, y tampoco regresaré. No sé cuándo te dijo que me amaba, pero seguro que mentía, lo hace siempre, miente, miente... estos días de lluvia me están matando, si ya no puedo verte posiblemente no regrese. Aunque con ese traje de chaqueta azul estas preciosa, y los barcos me marean. Si vuelvo en el undécimo caeremos en el primero, ¿o era el segundo?, de tus mandamientos NO FOLLAR, y lo haremos como animales mientras suene la música que tú elijas. Te dejaré elegir el disco mientras te quito la ropa, aquí y allí lo dejaré todo, tu chaqueta, tus braguitas, tus besos... pero creo que pensándolo mejor no volveré ni en el décimo ni en el undécimo. La vida en alta mar no puede ser tan mala. Patatas y más patatas guisadas y el agua putrefacta, nadar durante todas y cada una de las veintitrés horas del día, porque la hora que falta la utilizo para mí, para no volverme loco al pensar que he preferido el olor ácido y sucio del ambiente húmedo todo el día antes que tu perfume caro y un buen polvo contigo. Qué lástima, seguro que podríamos haber pecado profundamente, hasta que la muerte nos separe. Una pena, una pena, una pena... ya son tres penas y no suena el puto teléfono. Si has dejado a tu novio qué te impide ya llamarme y decirme que has llegado a España, a mi España, a la de los solteros, quién te lo impide. Pero eso ahora da igual la cuestión es que si a él le da lo mismo no sé qué hace llamándome y diciéndome que has vuelto. Parece mentira, ni él te ha olvidado ni yo lo he hecho, y ya soy como uno de esos locos que le dan vueltas siempre a lo mismo. Ni tú lo entiendes, ni él lo entiende, ni yo lo entiendo, todos jodidos, muy jodidos, sufriendo por el gusto que produce el simple hecho de sufrir... qué nos queda, nada... sufrir como cabrones, sufrir, sufrir... qué lejos debo estar ya de ti y de mi patria... aunque ahora que lo pienso nunca me he sentido español. Ni español, ni cristiano... un insensato, un pobre mendigo de tus besos y tu cuerpo. Sé que has pasado por manos incluso italianas y aquí me tienes discutiendo con mi otro yo si vuelvo o no en el mes once, cuando la marea crezca. Si no dejas de fumar, si no dejas la coca, cuando regrese de mi viaje quizá ya no sigas viva. Qué hago,

entonces, dándole vueltas a si vuelvo o no, tú sabes que te quiero, etc, etc, pues ya está, así no lo estropeamos, así siempre podremos pensar que hubiera podido funcionar. ¿Te imaginas? Los dos refrotándonos como salvajes sin miedo a nada ni a nadie.

Cuento las horas de cada una de mis tardes de silencio y jamás consigo dar con el número exacto de segundos o de baldosas amarillas que llevan a Belén. No consigo concentrarme dado que no encuentro tu mirada, tu sonrisa, tu boca entreabierta ya... en este lugar se ha perdido el paso del tiempo y las motitas de arena de cada uno de los relojes han conseguido que su cadencia sea más y más lenta hasta detenerse. Si yo hubiera sabido que iba a perderte jamás hubiera dejado que de mi casa partieras. Pero te fuiste y fue para no volver... y ahora yo ya no soy capaz de recordar cuál es el camino que pueda devolverme a mi casa... si es que tengo casa.

Y ahora ya no sé cómo hacer para que tú vuelvas, para que tú me llames. Y sin ti ya no queda aquí nada de lo que allí tú y yo nos decíamos. Miriam dónde coño estás. Miriam llámame y dime que quieres estar conmigo, porque yo quiero estar contigo y quizá lo que sucede es que no soy capaz de decírtelo, quizá lo que sucede es que nadie cree que tú estuviste aquí una noche y que yo te dejé marchar. Y se lo he contado a Vicente una y mil veces y no me cree y no me cree y no me cree.

Lo intentaré de nuevo... vamos allá. Miriam estuvo aquí, conmigo. Cenó conmigo en el cuarto de estar, sentada en el sillón que está frente a la televisión en la mesita del mantel verde de mi cuarto de estar. Le preparé una ensalada con unas anchoas que salé yo mismo y un sofrito de pimientos que dejé rehogar durante cuarenta minutos a fuego lento, con apenas unas gotitas de aceite. Bebiste vino de aquellas copas que compré esa misma tarde, como aquel mantel que también compré, como aquellos cubiertos que compré para que vieras que quería llenarte de felicidad.

Y te bebiste tres o cuatro copas de aquel vino de la Rioja. Luego comiste aquel pedazo de carne y disfrutaste de aquella salsa de mostaza. Me pediste la receta y cada vez que te decía un ingrediente sonreías: un poco de mantequilla en un cazo, le añadimos aceite de oliva virgen, cortamos una cebolla, pero con cuidado, muy fina, y dejamos que se haga bien en ese cazo. El

fuego bajo y constante... un poco de caldo de carne, un par de cucharadas de mostaza (mejor si es de Dijon) y un poco de harina disuelta en un dedo de agua fría, y lo dejamos espesar. Y te comiste el pedazo de carne con una sonrisa en la boca. Me miraste y me dijiste “está muy rico”. Es la sal gorda, te dije, la clave está en la sal gorda. Luego te sentaste en mi sofá y te tomaste una tacita de mi café especial que compro y no comparto con nadie, sólo contigo. Mi tesoro... mi tesoro... sólo contigo. Y luego te reías y te reías y yo decía payasadas una detrás de otra para que no dejaras de hacerlo, porque cuando Miriam se ríe yo soy feliz. Y no pude soportarlo más y te besé y me besaste y luego sonó el puto móvil y era tu novio y le dijiste que estabas cenando con Blanca, y disfrazado de ella en cuanto colgaste el teléfono te besé y te besé.

Y te besé y te besé y te quité aquella camiseta que llevabas puesta, aquella que te apretaba los pechos, aquella que estuve a punto de arrancarte si no llegas a echarme una mano.

Y ya estoy contando la historia como si estuviera hablando contigo, pero tú conoces la historia y no sé porqué lo hago. No te la cuento a ti... qué pena, y luego volvió a sonar el móvil y tú te reías hablando con él mientras yo retiraba los platos con restos de comida y me los llevaba a la cocina. Mientras tú te reías yo ponía una nueva bolsa de basura en el cubo azul que antes fue el cubo de la ropa sucia hasta que descubrí que era demasiado mugriento.

Y tú te reías y le decías cosas cariñosas y yo fingía hacer cosas sin parar, ir de aquí a allá como ocupado, pero no, yo te estaba escuchando y me deshacía por dentro y colgaste y volví al sofá y me dijiste “mi niño te quiero” y yo te creía y volví a besarte y te llevé a mi cama y antes de llegar a mi habitación te apreté contra mí y contra el quicio de la puerta del cuarto de baño. Te quité la ropa y llegaste a mi cama desnuda, sin una sola de aquellas prendas que con descuidado esmero habrías escogido al salir de la ducha envuelta en una toalla, quién fuera toalla, horas antes en tu casa.

Y volvió a sonar el teléfono, ese chalado no se cansa nunca o qué, y tú me miraste y me dijiste que no lo ibas a coger. Qué considerada. Seguiste besándome y restregando tu cuerpo contra el mío como si dos animales se trataran y el móvil cayó al suelo, puto móvil, pero no dejó ni de sonar ni de vibrar. Y a mí se me cruzó un cable.

Se me cruzó un cable entonces y te dije o él o yo Miriam, o él o yo Miriam, o él o yo... joder que esto no está bien, que esto no está nada bien. Miriam joder o él o yo... me besaste largo rato y notaste que mis labios ya no estaban húmedos y que ahora te miraba y pensaste "joder ahora tengo que decidir" y lo hiciste. Y me miraste y me dijiste lo siento pero lo prefiero a él. Y me besabas una y otra vez y lo hacías cada vez con más pasión y comenzó a amanecer y fue el último amanecer que vi antes de que tú te fueras, antes de que yo cayera en este estado imaginario que habito antes que el hombre.

Me levanté de la cama y tú todavía estabas allí tumbada y me mirabas. Me vestí sin mirarte y te oía respirar y me hubiera vuelto a quitar todo. Y te hubiera besado, y te hubiera besado. Por fin te levantaste de la cama y te vestiste a una velocidad pasmosa. Bajamos a la calle, cogí el coche te llevé a tu casa. Nos despedimos en el mismo lugar en el que cada vez te había ido a recoger y me dijiste adiós y yo te dije adiós. Y volví a mi casa llorando como un desgraciado, y pensando que haría las maletas nada más llegar y que iría a buscarte allá donde fueras. Pero cuando llegué a casa hacía demasiado frío y me quedé sentado en la cama tapado con las sábanas que habían cubierto tu cuerpo desnudo horas antes. Y tú te fuiste, tú te fuiste, joder, te fuiste.

Y por mucho que ahora llame Vicente y me diga que has vuelto, tú te fuiste aquel día y yo no supe correr a hacer las maletas y salir en tu busca. Se acabó, no supe hacerlo, ahora ya no te llama al móvil mientras te refrotas con otro, al menos conmigo. Y yo ya no sé regresar ni sé cuál es mi barco, ni el nombre de mi tierra.

Y ahora cada atardecer puede con cada uno de los intentos del sol de reinar en lo más alto del cielo. Y ya lo he contado... he contado que te fuiste y que lo elegiste a él, pero no he dicho que te dejaste el corazón olvidado bajo mi cama.

Y en mi casa ya no sale el sol, y no sabes el frío que hace aquí, y no sabes lo difícil que es cada noche llegar a mi habitación y ver el quicio de la puerta en la que te quité hasta la última de las prendas que habías elegido con descuidado cuidado antes de salir de tu casa. Antes de que el autobús no llegase a tu parada y me llamases nerviosa, y que yo saliera de mi casa corriendo a coger el coche y a buscarte y a buscarte y a buscarte, y a decirte que estabas preciosa y a besarte

las manos mientras miraba al frente. Y a cambiar las marchas de mi coche nuevo acariciando tus dedos con tus manos sobre mi mano.

Y desde aquel día aquí no sale el sol, y hace demasiado frío en esta casa pero no sé volver porque no sé qué barco puede llevarme de nuevo a tu lado, ahora que el móvil ya no suena mientras te refrotas con otro, al menos conmigo. Y ahora me acuesto solo cada noche, bueno cada noche con una, mi imaginación por suerte no me falla. Pero si me llamas prometo dejar de practicar el sexo con todas las mujeres de este mundo para hacerlo sólo contigo, pero hacerlo de verdad. No en mi imaginación.

Porque puedo estar loco pero no enfermo, o bueno sí, pero eso ahora ya da igual, me ha llamado Vicente para decirme que has vuelto a España, y dónde coño has estado. En Londres, claro, en Londres. Yo estuve en Londres hace unos cuantos años.

Vicente vivió en Londres un par de años, y se volvió porque no soportaba a los ingleses, aunque creo que realmente no se soportaba a él mismo. Y cada día tomaba té a las cinco en unos grandes almacenes dónde podía comer emparedados de pepino y mermelada de naranja amarga. Pero se sentía solo, y volvió y entonces conoció los burdeles de las afueras de la ciudad y si Miriam no llega a aparecer acaba medio muerto de un sifilazo o algo así. Pero se enamoró de Miriam y se puso a estudiar ruso como un loco para seducirla. Y dejó los burdeles de las afueras, pero acabó viviendo en una de las calles del centro donde más burdeles había. La tentación frente a él, pero estaba estudiando ruso como un loco, como si le fuera la vida en ello, y tradujo el *Manifiesto Comunista* palabra por palabra y se lo recitó a Miriam, palabra por palabra, palabra por palabra. Y Miriam se quedó impresionada, pero no le quería, porque por entonces tenía a alguien que no dejaba de llamarla por teléfono mientras se refrotaba con cualquiera como si de animales se trataran. Y pasó el tiempo y Vicente comenzó a echar de menos los emparedados de pepino y las tostadas con mermelada de naranja amarga.“Ponte un bar, joder” le dije, y no supe entender que no era el sabor del té con leche lo que él echaba de menos. Echaba de menos su soledad, su independencia. Las tardes de largos paseos por Oxford Street, el olor de Picadilly Circus, los frisos del Partenón, que a saber qué coño hacen allí. Y Vicente comenzó a convertir su vida en lo que es ahora. Hizo de su vida un oficio y se dedica a

aconsejar a las empresas sobre materias relacionadas con la Unión Europea. Y ya no va a los burdeles, ni siquiera bebe cerveza, ni fuma... sólo se dedica a aconsejar a empresas sobre cuestiones relacionadas con la Unión Europea.

Si has estado en Londres, Miriam, supongo que habrás traído recuerdos para todos. El mío tendrá que esperar largo tiempo hasta que sea capaz de saber exactamente dónde estoy y qué barco debo coger, en caso de que pueda cogerlo, para regresar. Sé que me habrás traído un jarrita, porque supongo que no se te habrá olvidado que yo bebo el café en jarra. Con poco azúcar y en cantidades industriales. No la saques del envoltorio porque si no se te romperá y a mí me gusta que la gente me traiga cosas cuando va a lugares, porque eso quiere decir que se acuerdan de mí, o al menos quieren demostrarme a su vuelta que han estado pensando en mí aunque eso no sea cierto. Espero que la jarrita sea verde y que en letras negras diga “London”, porque tengo ahora unas jarras muy feas y groseras que dicen cosas como “I love Mamá”, “Viva la madre que te parió” o “Teruel existe”. Si es verde hará juego con el color de la pintura del cuarto de estar. Así cuando después de cenar me siente en el sofá, que también es verde, recordaré tomando una taza de ese café que sólo comparto contigo que un día no dejaba de besarte y que sólo fingía estar muy ocupado mientras hablabas por el puto móvil con tu novio y me bautizabas con el dulce nombre de Blanca.

Si en algún momento he contemplado la posibilidad de que Miriam acabe llamándome y me diga que me quiere, y que no puede vivir sin mí, siempre pienso en el esfuerzo que tiene que hacer aquí el sol para salir cada mañana. Nunca lo consigue, y lo intenta una y otra vez. Aunque claro, marcar el número de teléfono y decir “mi cielo quiero estar contigo” no requiere tanto esfuerzo y si el sol es capaz de amenazar a cada atardecer con su intento de amanecer supongo que tú puedes llamar, y si no lo haces es porque no quieres, no porque no puedas.

Aquí en alta mar, en la distancia, cada uno de los atardeceres es más increíble que el anterior. Más profundo, más profundo. Es jodido esto de estar todo el día esperando a que llegue el atardecer sin poder hacer nada. Intento leer pero apenas puedo dejar de mirar el firmamento aunque todavía queden unas cuantas horas para que el sol caiga.

Podrías llamarme y decirme que Londres en Otoño está precioso, y que me echas de menos... y yo iría hasta allí, porque a Londres sí se ir desde aquí. Iría sólo para abrazarte y para decirte que tienes razón y que en el barrio de Chelsea puedes encontrar unos puestos de comida rápida estupendos en los que cuesta cuatro duros llenar el estómago. Y tú entonces te reirías y yo me reiría y fingiría estar un poco enfadado por el tiempo que has tardado en llamarme, pero a la hora de la cena ya se me habría pasado todo y estaría entregado a ti, Miriam, como en todos y cada uno de los momentos que han transcurrido desde el día que te conocí. Entregado como el día en el que decidiste que esto se había terminado y en el que no fui capaz de correr hasta mi casa a hacer las maletas para ir a buscarte. Pero si no llamas, Miriam, es porque no quieres llamar. Puede ser que hayas vuelto con el que no dejaba de llamarte la noche en la que te quité toda la ropa antes de llevarte a mi cama.

He calculado mal y voy a quedarme sin tabaco dentro de unas horas. Y ahora vete tú a decirle al capitán que busque un lugar civilizado donde poder comprar tabaco y desde donde poder buscar otro barco que me lleve a casa. Pero ni siquiera sé si quiero volver a casa. Esperaré a que me llames y luego intentaré volver, y si no llamas nunca tendré que acostumbrarme a secar algas y fumármelas en papel sucio y húmedo. Si no llamas veré cada atardecer con la ilusión del primer día, porque aquí cada atardecer es más profundo, y el sol parece que no vaya a tener más fuerzas. Algún día el sol se rendirá y no habrá más amaneceres... el sol no se puede rendir.

Y si se rinde qué nos quedará entonces. Nada, no puede rendirse. Lucharé hasta el último de los segundos por tener cobertura para que puedas localizarme. Vicente ha podido hablar conmigo, y me ha dicho que has vuelto a España... y yo le he creído porque no creo que el esté intentando volverme loco, más de lo que estoy quiero decir,. Porque ahora que lo pienso, enfermo sí que estoy... tengo una tos muy mala que no me puedo quitar de encima, y el pecho me oprime al respirar. Debo tener algo muy malo. Espero no morir antes de volver a verte.

No sé porqué digo lo de morir si no sé siquiera si estoy enfermo. Debo estarlo, y gravemente. Apenas deben quedarme unos años de vida. La humedad acabará por llegar a mi tuétano y vencerá una a una todas mis defensas, que sin duda ya son pocas.

Anoche soñé que me llamabas y que me decías que me amabas y que querías estar conmigo, y todavía no sabía que Vicente me iba a llamar para decirme que habías llegado a España. Y dónde coño has estado Miriam, dónde has estado... es verdad joder, que has estado en London, the capital city of the United Kingdon. Allí estuve hace unos cuantos años... sí. Pero por entonces aún no te conocía y no sabía lo que era amarte.

Vivía con una mujer que me quería pero no sabía demostrármelo, y un día me dejó y me dijo que lo nuestro no funcionaba pero no era eso, porque quería decir "mira, hay otro tío que me pone mucho más, que folla mucho mejor que tú, y que me trata mejor. Está todo el día pendiente de mí y no de las gilipolleces con las que estás tú todo el día... además no le pone pimienta a nada, y prepara la pasta sólo con tomate, no le pone tantas hierbas como tú; él me entiende". Jódete, no me dijo eso, pero sé que lo estaba pensando, porque yo leo los ojos y aquel día lo leí en su mirada. También leí en la tuya el día que te fuiste de mi casa para no volver, y tus ojos decían "me voy, pero no sé cuál es la razón por la que me voy. Me gustas tío, pero me tengo que ir y lo prefiero a él".Y aquel día perdí ya el poder de leer los pensamientos con el simple hecho de mirar a una persona a los ojos.

Una melodía en mi cabeza. Oh life... REM a todo meter en el coche de camino a mi casa. Llorando sin poder contener ni una de mis lágrimas y pensando en qué podía meter en la maleta para salir rápido en tu busca. Y llegué a casa y vi la cama, con las sábanas manchadas de ti y de mí, de tu pasión y de la mía y pensé que era mejor quedarme allí y no correr detrás de ti. "Volverá" pensé mientras REM machacaba una y otra vez su himno sobre la vida; y entendí que tú y yo estábamos hechos el uno para el otro pero que ese no era nuestro momento, joder no lo era.

Será nuestro momento y *Losing my religion* sonará de nuevo en mi coche pero esta vez no tendré que salir rápido en tu busca. Nos fugaremos los dos a alguno de mis refugios en el norte de España. Y pasearemos por una playa en el mes de Noviembre cogidos de la mano y besándonos a cada momento. Te arrastraré a mi lado en la arena y te diré que te quiero. Y tú me besarás.

Pero igual no llamas y todo se me va a la mierda, como siempre. Y me quedaré solo y lamentaré haber vuelto de éste mi exilio. Y lloraré mis penas en alta mar, con el puto olor de las algas en la boca a todas horas. Todo el día maldiciendo al capitán que no es capaz de saber dónde estamos y dónde podemos tomar tierra firme. Porque desde aquí a Londres sí sé ir, pero a mi casa no.

Aquí la noche ya ha vencido a los últimos reflejos de luz en el mar. Todo está muy oscuro y en mi cabeza aún resuenan las palabras de Vicente diciéndome que has vuelto a España. Esta noche no voy a ser capaz de pegar ojo pensando en que en el momento menos pensado me llamarás. Pero puede que no lo hagas y si no estoy atento el capitán se enfadará si no hago el turno de noche. No sé tomar las coordenadas, pero da igual, lo importante es que has vuelto a España, y que por fin te vas a dar cuenta de que ese paseo por la playa es lo que necesitas para ser feliz.

Y si no es así sabes que puedes encontrar nuestros recuerdos en todos los lugares de la ciudad. Nuestros restos están desperdigados por cada una de las calles que paseamos juntos cuando nos queríamos. Cuando tú tenías claro que aunque tuvieras que llamarme Blanca en el momento en el que tu móvil sonara querías estar conmigo. Cuando yo estaba tranquilo y no tenía el cable cruzado como aquella noche en la que te dije “Miriam joder, esto no está bien, o él o yo, o él o yo”.

A decir verdad no he viajado hasta aquí para volver. He viajado hasta aquí para no saber volver. A Londres sí sería capaz de regresar, pero a la que era mi casa no. La vida en alta mar no está tan mal. Tu silencio me obliga a entender que el mejor lugar para vivir o no, puede ser alta mar. Si no sé volver, para qué voy a intentarlo.

He podido ver a cada instante tu sonrisa y ahora que no la tengo entiendo que no puedo esperar más que la vida solitaria de un barco que dirige un capitán que no es capaz de dar con tierra firme. Aquí, en la distancia, me he dado cuenta de que he robado tantos versos que ya no sé quién soy, los he gastado demasiado rápido.